

hallan nunca sombra de árbol donde se pongan en cobro del resplandor hostil que los persigue. El haya, hija de fierro de la roca fría, se detiene en las pendientes de los Montes Urales, sin atreverse á dar un paso hácia las planicies áridas donde reina el hielo, describiendo con su cetro un círculo aterrante al rededor del polo. La yerba es desconocida para esa tierra : ni el verdor de las plantas gramíneas, ni la amarillez de las flores silvestres comunican á el alma esa como alegría ó esperanza que aun los desgraciados suelen concebir misteriosamente en el regazo de una bella, amable naturaleza. La paja silbadora, el frailejon solitario y triste de los altos páramos sirven de placer y consuelo, si contemplamos en la aridez mortal de esas regiones. El sol las mira desde léjos, y se vuelve desconfiando de ellas ; el calórico, sangre invisible de la naturaleza, no tiene cabida en ese limbo descubierto, donde impera el frío, dios enemigo de la vida. Ni plantas ni animales : alguna vez una sombra rápida cruza á lo léjos ese mar empedernido, y se desvanece á mayor distancia : es el renjifero que pasa de un abismo á otro en busca de un amor imaginario, ó el alce que va huyendo de un fantástico cazador que le persigue en sueños. El hombre mismo, animal de todos los climas, no habita la Siberia septentrional. El groenlandes salvaje, el kampchadal helado, el lapon cubierto de pieles se agencian sus moradas debajo de la nieve ; en sus oscuras yurtas viven y se juzgan felices : la Siberia septentrional es todavía más ingratable que la Groenlandia, Kampchaka y la Laponia. Allí no hay bosques en cuyas profundidades faunos y silvanos persiguen á las ninfas ; rios que hume-

decen la tierra y la excitan á dar fruto ; fieras que dan testimonio de la vida, bramando de cólera ó mugiendo suavemente de placer ; aves que llenan de música los árboles y vuelven nuestro planeta un globo de armonía.

Qué pasos lentos van retumbando por allá? Es el elefante que rompe la selva con su movimiento de rey majestuoso, y se dirige á beber á orillas del Lualaba. Ruge el leon y comparece infundiendo terror á todo sér viviente con esos ojos encendidos : el tigre, agazapado al pié de un tronco, está acechando al boa que se viene con su meneo formidable : manadas sin cuento de monos llenan de ruido los vetustos robles : un orangutan gigantesco, recto como persona, camina paso á paso con semblante meditabundo ; bandadas de loras y guacamoyos atraviesan la atmósfera con grito colectivo que asorda todo un continente : culebras de mil colores van haciendo eses por el suelo, ó prendidas de las ramas por el extremo de la cola se están columpiando por el aire. El sol resplandece y abrasa ; el cielo se halla limpio, su azul purísimo se derrama desde el zenit, y desaloja las nubes hasta más abajo del horizonte. Esta es el África, cuna del fuego, asiento preeminente de la zona tórrida. No es así la Siberia septentrional : despoblacion, tristeza, silencio vasto y profundo son caractéres de esa tierra desventurada. Allí no hay sol sino cuatro meses al año : la noche es de dos mil quinientas horas ; noche larga, horrible, durante la cual Muerte anda devorándolo todo, invisible en medio de la palidez oscura que envuelve ese hemisferio. La rosa no se abre ni sonríe á

la luz que comparece alegre por atrás de la montaña; la azucena no tiene sol á quien provocar con su voluptuosa elegancia; el clavel no arde en su pura rubicundez, porque no hay fuego que lo encienda. La sangre de la tierra, cuajada en esas partes, las priva del movimiento; el alma del mundo, retirada de ellas, las dejó cadáveres. Fuego, santo fuego, símbolo de la vida, tú eres principio y sosten del universo: sin tí no hubiera luz, sin tí Dios mismo no arderia en su inmortalidad eternamente. Dios está tras las llamas devorantes del Africa: fuego es poder, y Dios todo es fuerza. Dios está sobre la luz del Ecuador: la luz figura la inteligencia, y Dios todo es inteligencia. En la mansion helada de la muerte no está Dios, porque Dios es vida, vida alta y profunda, vida eterna. En la Siberia septentrional no está Dios.

¿Qué estás diciendo ahí, blasfemo? Su imágen se presenta en la bóveda celeste, y fulgura con divinos resplandores: inocencia, amor, felicidad animadas por el aliento del Todopoderoso, teñidas por esos sus ojos que las miran, están acreditando su presencia. La aurora boreal, en las regiones septentrionales, es la sombra de Dios: fenómeno desconocido para nosotros, es la incarnation más bella de las leyes naturales. La Soberana Esencia, vista en delirio por poeta que hubiese perdido la razon á puro amor divino, se le presentaria en forma de aurora boreal. La aurora boreal es música de otro mundo cuajada en los colores del arco iris: es oleada de poesía cristalizada en el horizonte, que está brillando suavemente por los cien lados de un prisma fabuloso. Aurora boreal, malicia de la inocencia, beatitud

de la naturaleza adormecida por dolor profundo, tú eres espejo en el cual los míseros habitantes del círculo polar están viendo esa promesa de perdon con que el Altísimo los consuela. Aurora boreal, asomo vago de felicidad, puerta lejana de la gloria, tú eres humilde, pero feliz suplente de la luz del dia. Aurora boreal, alma tranquila del sol, alma desnuda de sus rayos, tú eres la patrona del Norte, tú le proteges, le salvas cuando él se retira y le abandona. Feliz recobro de las desventuras de ese clima, este hermoso fenómeno es muy comun para los hijos del septentrion: la aurora boreal les proporciona uno como dia, ó si decimos, espíritu sin fuerza, ensueño feliz de sol dormido que llena de alborozo y esperanza á los míseros que, hartos de oscuridad, levantan la cabeza en su larga noche, y aspiran esa brillante memoria de la luz como alimento de la vida.

Anthoskoff, sabio moscovita, despues de largos y penosos viajes por los Montañas Rifeas, llegó á la Siberia septentrional. Desembocando en un mar de nieve, se detuvo de improviso, poseido de admiracion, experimentando en el alma placer de esos que suele proporcionar la sabiduría únicamente. Hay en un autor aleman una historia de lo más extraño: Dos naturalistas han cultivado desde la infancia amistad que no le va en zaga á la de Pilades y Orestes: siempre juntos desde niños, estudiaron, vivieron, se engrandecieron con la fama, sin que discrepasen jamas en la menor cosa. Un dia, infatigables en el estudio práctico de la naturaleza, viajando por un monte, hallan un insecto desconocido,

hacen un descubrimiento : la ciencia va á recibir alborozada este recién venido. Cuál de los dos le vió desde luego? Cuál le tomó? Cuál hizo notar que esa mosquita resplandeciente no estaba en ninguna de las clasificaciones científicas? Ni Linneo, ni Cuvier, ni Buffon la han conocido; es cosa nueva, admirable : á cuál la palma? á cuál la gloria? Las disputas, porfías, injurias, amenazas, ferocidades, venganzas, desesperaciones; los odios, arrebatos, celos, acometimientos, propósitos criminales que se pusieron entre los dos amigos, solo Dios en su infinita sabiduría lo puede concebir y graduar. Largo fué el litigio. « Pérfido! le escribía el uno, te atreves á decir que Aimatocare es tuya? y lo sustentas, hombre sin fé ni justicia? Con que la viste, la tomaste primero que yo? Y has de pasar á la inmortalidad por medio de un hurto escandaloso al que te hizo la honra de llamarte amigo y la fineza de quererte como á hermano? Hábil fuiste en el engaño, miserable; te tuve por sincero, y resultas aleve; te juzgué afectuoso para conmigo, y no era el tuyo sino aborrecimiento disfrazado de cariño; te reputé hombre bueno, y vienes á parar en malvado. Qué es sino malvado el que se burla de la conciencia, habla contra verdad y obra contra hombría de bien? Abusas de la sencillez del amigo; en esto eres pérfido. Ocultas ó cambias la verdad; en esto eres mentiroso. Te apoderas de lo ajeno; en esto eres ladrón. Pues á uno de éstos, yo le desprecio. Le desprecio por lo ruin y canalla; por lo salteador, me le voy encima, le echo en tierra, le piso, le mato, y junto con la vida le arranco el inestimable objeto de que se llama legítimo y perpetuo poseedor, sin más escritura

que la que firma con su puñal el facineroso á media noche..... Cárlos, amigo, hermano mio, vuélveme mi Aimatocare. »

« Infame! contestaba el otro, el enternecimiento con que das fin á tu carta es ficción que sirve para fomentar el odio inspirado en mí con tu maldad. Amigo me llamas, y tus obras, más que tus palabras, están acreditando la enemistad más negra; hermano, y andas en busca de la quijada del asno con que piensas asesinarme. No soy hermano ni amigo tuyo, porque soy hombre de bien y cultivo la moral: tu amigo es el ladrón de caminos, tu hermano el rufian de ciudad: el verdugo es tu amigo y hermano, y el patíbulo el lecho donde él y tú dormís juntos. Aimatocare..... no sabes que Aimatocare es mia? Arráncame los ojos, exprímeme el alma, quítame la vida; Aimatocare no será tuya jamás. Aimatocare..... Este divino insecto era, sin duda, el objeto de esas aspiraciones vehementes que me agitaban, causándome los dolores misteriosos de los cuales en vano procurabas aliviarme. El vacío profundo de mi corazón, ese anhelo inmotivado de mi espíritu, los arranques vertiginosos de mi pensamiento, la angustia, la desesperación de mi vida tenían, ya lo he visto, causa y fin. Poseo, poseo el objeto de mis ansias; mis ambiciones están cumplidas, mi alma satisfecha. Aimatocare es mia: ni todos los reyes coligados contra mí podrán arrebatármela. Y tú, mezquina y baja criatura; tú, salteador de encrucijada; tú, desleal y perjuro, tú piensas privarme de ella? Te he ofendido, pobre amigo; te he cubierto de vilipendio en esta carta. Teodoro, las

lágrimas me están corriendo por las mejillas : los insultos que acabo de hacerte me matan de vergüenza : compadéceme, perdóname ; pero no me vuelvas á hablar de Aimatocare ; con esto me privas de la razon. Casa, fincas, títulos, todo cuanto poseo es tuyo : nos repartiremos mis bienes de fortuna como dos buenos hermanos. De Aimatocare, no me hables, te lo repito. Puede nadie exigir á su amigo que le entregue su esposa ? pondrias tú la tuya en manos del que la estuviese codiciando ? Aimatocare es para mí más que mi mujer, más que mi honra. Deliras, infortunado, si piensas disputármela : te arrancaré el corazon con un puñal buido, te ahorcaré con mis manos..... Teodoro, Teodoro, loco estoy. »

Esta pasion científica, este amor frenético por los secretos de la naturaleza nos parecerán inverosímiles á los hombres desprovistos de la sensibilidad de la sabiduría ; y en realidad es una de las pasiones más violentas que pueden caber en pecho humano. Sabido es que Arquimédes se dejó matar, por no distraer su espíritu del problema que estaba á punto de resolver : muchos sabios se olvidan del alimento cuando están embebecidos en sus lucubraciones. Los cuentos fantásticos de Hoffmann no se fundan en la imaginacion puramente : casi todos ellos se levantan sobre teorías respetables, ó sobre hechos reales y positivos. Los dos sabios que se vuelven enemigos mortales, disputándose un insecto, no se pleitean el insecto mismo, mas aun la gloria de su descubrimiento : cosa muy puesta en razon, que vemos cada dia en el mundo de las ciencias y las buenas

letras. El Tasso anduvo fuera de sí, desesperado, medio loco, porque imaginó que su poema iba á salir á luz con nombre distinto del suyo. Robarle al Tasso su *Jerusalem libertada*, allá se hubiera ido con robarle el alma ; la poesía es el alma de los poetas. Y digo si Phidias hubiera quedado contento de que su Minerva pasase á la posteridad como obra de un rival aborrecido ? En las ya citadas de Hoffmann hay una historia de un lapidario que comete más de cincuenta asesinatos misteriosos, por volver á apoderarse de las preseas que él mismo habia vendido, ó que le habian mandado hacer. El móvil de esa sed de sangre no era codicia, sino amor á la obra primorosa que habia salido de sus manos. Y, quién lo creyera, el maestro Cardillac es personaje histórico : las muertes de que habla el autor aleman ocurrieron positivamente. Recreábase tanto el lapidario en sus hechuras, embelesábale su perfeccion con tal extremo, que no podia vivir sin poseerlas. Tan luégo como entregaba una joya, se valia de cuanto ardid cabe en la astucia del hombre para volver á apropiarse de ella. En último caso, un homicidio ponía en su poder la prenda maravillosa. Ahí está Mademoiselle Scuderi que no nos dejará mentir ni á Hoffmann ni á mí. Los que, viajando á Paris, capital de Francia, se hallen en el Palacio Real, hagan por saber cuál de esas ricas tiendas habrá sido la del maestro Cardillac. En cuanto al que está haciendo estos recuerdos, no le falta sino advertir que las cartas de los dos naturalistas son de su propio caudal, y no transcritas del libro tudesco, donde no consta sino el gérmen de esta amplificacion. Y con esto volvemos á Anthoskoff, el sabio moscovita, pero no ántes de dar á

saber á los lectores que Aimatocare era el nombre de pila, nombre de amor con que los consabidos filósofos habian bautizado á la mosca que tanto pudo. Desde la bella egipcia que trastorna á Salomon, hasta doña Isabel de Segura, no se ha visto hembra más querida que esa pizpireta de Aimatocare. Su nombre científico, puesto en latin por los discípulos de Linneo, lo puede ir á buscar el curioso lector en cualquier entomología moderna : si lo buscare en el tratado de los pájaros del americano Auduvon, no lo hallará; pues ya he dicho que Aimatocare no es pájaro sino mosca. Mosquita resplandeciente de cuatro alas : las que le tocan al cuerpo son uno como tul claro, fino : son la ropa blanca, las confidenciales enaguas que forman los bajos de la pulcra retrechera. Bajos, en buen idioma castellano, son los centros del vestido, oh vosotros que anhelaís por hablar la lengua de Cervantes. Si quereis pruebas, aquí sale por mí don Francisco de Quevedo.

La otra loca perenal
Piensa, cubierta de andrajos,
Que tiene mejores bajos
Que la Capilla Real.

Los bajos de la Capilla Real son todo ese rico almacén que, bien aplanchado, la vuelve hermosa y elegante los días solemnes, cuando los devotos monarcas van á echar corazón humilde al pie de los altares : son los manteles con blondas de encaje de Flandes que cubren las aras ; la blanca pelliz ; el alba deslumbrante ; el diminuto lavabo. Todos éstos son los bajos de la Capilla Real, así como los tres ó cuatro *fustanes* son los de las judías que nos quitan el juicio. Este pillo los habrá con-

tado ? va á decir algún mojigato que sabe y no confiesa, ó algún santurron que á fuerza de fealdad y bobería no da noticia de estas cosas. No los he contado ; mas sabemos todos por tradición que Clitemnestra se ponía desde luego enaguas de lienzo medianamente suave, hasta sobre la corva ; en seguida unas de liencillo asargado con cordones azules gruesos como el dedo mayor, hasta la pantorrilla ; después unas de anascote con vuelos de lo mismo, hasta la garganta del pié ; y en fin unas de *grano de oro* circuidas de encaje hecho á mano de vieja de anteojos, la cual, por más señas, chupa tabaco y ayuna los cuarenta días. Estas últimas enaguas tienen el privilegio de mostrar las orejas al mundo, y estar oyendo los disparates con que los enamorados de profesión regalan á su dueña. Dicen los malsines que hasta ahora poco nuestras Cleopatras se echaban en lo más recóndito una cosa como pollera de un género como bayeta, la cual suele ser blanca, y algunas veces, para mayor condenación, amarilla. Quédanos el consuelo de que nosotros no hemos alcanzado esos feos tiempos, y de que nuestra inocencia no se hundiría, puesto caso que triunfase la serpiente, sino en abismos de immaculado virgen lino.

Y nuestro ruso ¿ dónde se halla ? Tenemos especie de haberle visto en la Siberia septentrional, contemplando maravillado un objeto que está llenando sus ojos y su espíritu. Mas no pasaremos á tratar de él, antes de que hubiésemos concluido de vestir á la linda Aimatocare, camareros y gentiles hombres de esa princesa del monte ; Aimatocare, serafín del reino animal,

suspiro de poetisa consolidado por el céfiro que desciende por los nevados, bajando del arco iris. Las dos alas primeras, como queda dicho, eran de tul fino y transparente, blancas, puras como el alma de un niño hijo de dos santos; las de encima, las principales, al contrario, eran el resumen de los colores y los resplandores juntos, revueltos en inextricable laberinto. Desde la simple línea recta hasta el círculo, obra maestra de la ciencia de Euclides, todas las figuras geométricas estaban allí. Paleta que manejara un ángel para pintar el cielo, las alas de Aimatocare contenían matices y tintes desconocidos para nosotros. La luz, en sus mil secretos con las materias colorantes, había formado un mundo reducido en la figura del insecto prodigioso. Del blanco al negro, pasando por todas las combinaciones, todos los colores hacían figura en esa frágil tela: azul oscuro, azul celeste: rojo subido, sangre de toro: verde vejiga, verde madroño: amarillo tostado, semejante al de las águilas americanas; amarillo claro, como el de las onzas godas: negro superfino: violado: púrpura de Melibea, de todo había, por menor, en esa arca de Noé de los colores, juguete admirable donde el sol estaba haciendo un nuevo milagro á cada rato. Si las alas blancas le servían de enaguas á la bella Aimatocare, las segundas eran como la casulla bordada de oro con que pontifica el arzobispo; ó como el laticlave primoroso con que se ennoblecían los romanos en los grandes días de la libertad y los dioses. Aimatocare, tesoro de la ciencia, hubiera sido la corona del gran museo zoológico de Londres, el alma del Jardín de Plantas de París. Los dos naturalistas no hicieron mucho con haberse anonadado

á puros ultrajes; debieron haberse rotpido la cabeza. Antonio perdió el cetro del mundo y la vida juntamente por la reina de Egipto, esa bellaca digna del amor de Júpiter y de Julio César. El hijo de Sofronisco y Fenareta fué el más virtuoso de los griegos, Platon el más sabio, Diógenes el más pobre: Xenócrates, en mi humilde opinión, fué el más tonto de todos: el que no se ha suicidado siquiera dos veces por dos ó tres mujeres, no alcanza ni mención honrosa en los Arrestos de Amor. Leandro y Diego Marsilla valen más que el hombre de mármol de la hermosa Lais.

Ahora venga de nuevo nuestro ruso Anthoskoff, el cual, si se ha llamado Ivon, será don Juan, pues babeis de saber que Ivon en lengua moscovita es Juan en castellano. Sucedió por casualidad que fuese 2 de enero el día en que el sabio llegó á la Siberia septentrional. Un océano de nieve se dilata á sus ojos: todo es albo y cristalino; mas si el viajero no estaba debajo del poder del sueño, no era otra cosa que un jardín real y positivo el que tenía por delante. Tallos erguidos, á un metro de altura, sustentan cada uno tres ricas flores en figura de estrella. Esta flor prodigiosa se compone de tres hojas: cinco son sus estambres: mil diamantes diminutos están brillando en sus extremos, diamantes como cabezas de alfiler, donde se mete el iris achicado adrede en culebritas como espíritus casi invisibles, y se mueve á modo de colibrí que no aquieta las alas ni un segundo. Estos diamantes pequeñuelos son la semilla de la planta, semilla que, regada en el Paraíso, hubiera dado una generación de ángeles animados del amor del mundo. Los estambres

se entrelazan de mil maneras, y forman un inextricable tejido, que no es sino la red donde se queda presa la sabiduría. Bien así los pétalos como el tallo están propendiendo al Norte, reino de la nieve. Anthoskoff, medio despierto, medio en sueños, temblando de placer, se llega á una de esas plantas, la toca... Un montoncito de polvo luminoso cae debajo de su mano. La flor habia sido de nieve, frágil y delicada como quimera de felicidad que se desvanece al menor ruido. El sabio recogió con mucho trabajo una narigada de ese polvo, y lo guardó como si fuera la viva ceniza de la ciencia, reliquia que liberta de los maleficios de la ignorancia. Cuando volvió otro dia á ese campo de azucenas fantásticas, todo habia desaparecido : concurso de almas bienaventuradas, tornaron á la gloria, despues de haber cumplido algun piadoso objeto. La flor de nieve no se produce espontáneamente sino en la Siberia septentrional : rompe el hielo el primer dia del año, vive dos más, y muere para doce meses. Anthoskoff, alborozado, feliz con su simiente divina, vuela á Sanpetersburgo y la siembra en una capa de hielo. La inquietud, el ánsia con que esperó un año, no son para descritas. El 1° de enero el emperador, su corte, la Academia de Ciencias, convidados por el naturalista para ese casto y puro alumbramiento, vieron con sus ojos que el alma de la nieve la habia roto y se estaba presentando al mundo. El emperador le echó los brazos al cuello al sabio, y le agració en seguida con el título de conde. Mirad si una rústica flor de la Siberia no ennoblece tanto como la Rosa de oro del Vaticano, ó como el Toison que condecora á los nobles de primera clase. El naturalista Anthoskoff,

hombre de humilde origen, es hoy conde Anthoskoff : sus hijos serán nobles desde la cuna y ornato del imperio.

A ley de cristianos prescindiríamos de hablar de la nobleza criolla, no yéndonos nada en traer á ménos una buena parte de esta noble asociacion mestiza á la cual pertenecemos ; ni fuera de provecho alguno irnos agua arriba por el abolengo de nuestra sediciente aristocracia hasta dar en el Potro de Córdoba, el Azoguejo de Segovia ó la Playa de Sanlúcar. Y no es manera de decir, ni se tome ésta por la expresion de la malevolencia ; que las declaraciones de la verdad son todavía de ménos favor para ciertos reyes de abejas que se juzgan naturales al mando y los haberes juntos en la tierra de los indios. Antes oigamos á uno que nunca juró falso, ni mostró mal querer á nadie, sino fueron los moros. « Viéndose tan falta de dineros (don Felipe de Carrizales), y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio que otros muchos perdidos se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres *... » Ahora bien, ¿ cuántos de nuestros nobles no descenderán de don Felipe de Carrizales ? Ya oigo el severo expresarse, no solo de los aristócratas indianos,

* CERVANTES, *El celoso extremeño*.